



José Ulanga y Algocín

La sospecha injusta

Drama en dos actos para representarse entre niñas solas

PERSONAJES

MISTRIS TEACHUM, directora.
LADY HAMILTON. educanda.
LADY ARABELA RICHARD. educanda.
CECILIA, de edad de 14 años.
LACY, de edad de 10 años.
EMA, de edad de 12 años.
LAURA, de edad de 13 años.
MATILDE, de edad de 11 años.
SALY, de edad de 7 años.

MOLY, de edad de 7 años.

BETY, hija del portero, de edad de 15 años.

La escena es en Londres en un colegio de niñas.

Acto I

Escena I

SALY y MOLY. Jugando con una muñeca.

MOLY.- (Meneando su muñeca.) Digo, señorita: ¿le parece a V. muy airosa esa postura? Ea, veamos como hace V. la reverencia.

SALY.- Acaba de vestirla, y luego dará lección de baile. ¿No ves que aún estamos en el tocador?

MOLY.- (Poniendo a la muñeca un sombrerillo.) Vaya; ahí la tienes ya con su sombrerito puesto; ¡pero mira con qué gracia! ¡Oh! Me pinto sola para vestir con gusto a una muñeca.

SALY.- Yo lo que hago bien y pronto es desnudarlas. Cada una tiene su habilidad y ésta es la mía.

MOLY.- Eso sí que es cierto: para destruirlas en pocos minutos no hay quien te iguale. Si fueras mi hija, te echaría muy buenas repasatas diciéndote: oiga V., señorita: ya sabe V. que no me gusta que eche V. a perder cuanto se le da. Trate V. de cuidar un poco más de sus juguetes, o le costará caro. ¿Lo entiende V.?

SALY.- Calla por Dios, que me das miedo con esas chanzas. Te pones tan grave, que me parece que estoy oyendo a aquella terrible Lady Arabela, que tanto hace llorar a la pobre Cecilia. ¿Sabes que la imitas con perfección? Sólo que no habías de haber dicho; si fuese yo tu mamá, porque las madres no son tan crueles y severas como todo eso.

MOLY.- ¡Ah! Si la pobre Cecilia no hubiera perdido la suya, no la compadecerían tanto las gentes.

SALY.- Con todo eso Lady Arabela bastantes cosas le da, y muy buenas por cierto; brazaletes, pendientes y collares muy ricos.

MOLY.- Y que, ¿consiste en esas cosas la alegría? Díganlo las infinitas veces que he encontrado a Cecilia llorando en la huerta, al mismo tiempo que yo iba saltando y riendo, aunque no tengo ni siquiera una triste sortija.

SALY.- Dame acá la muñeca, que voy a darla de almorzar. (La toma, y también una almendra.) ¿Diga V. señorita, le gustan a V. las almendras? Si V. se pareciese a su mamá, no estaría con esos labios

tan fruncidos.

MOLY.- ¿De qué te sirve charlar, si no sabes tampoco dar de comer a las muñecas? Déjamela, y te enseñaré como se hace. (Vuelve a tomar la muñeca y la almendra.) Vamos, señorita, sin melindres. (Se come la almendra.) Está muy buena; ¿no es cierto?

SALY.- El chasco es lo que está bueno, taimada; pero no tengas cuidado que guardada te la tendré. Mas ¿quién viene a incomodarnos? ¡Ah! Que es Lady Arabela; ya verás como a Mistris Teachum le da una melancolía que no se le quita hasta mañana, como sucede siempre que viene a verla esta mujer de tan mal genio. Vámonos corriendo, no nos diga alguna fresca como acostumbra.

Escena II

MISTRIS TEACHUM, LADY ARABELA.

MISTRIS TEACHUM.- Sí, señora: con el mayor gusto repito a V. que Cecilia es el modelo de toda esta casa, y será el ornamento de la sociedad cuando llegue el caso de presentarse en ella. Lejos de tener que exhortarla al cumplimiento de sus obligaciones, hay que ir a la mano para que el excesivo trabajo no la perjudique.

LADY ARABELA.- En eso no hace nada de más si es agradecida a mis beneficios. En orden a las habilidades que se le hayan de enseñar lo dejo a cargo y elección de V.: ya se ha hecho moda adquirirlas, y fuerza será que mi hija adoptiva no sea menos que las demás que las tienen. Por lo que a mí toca, ninguna falta me han hecho las habilidades; y gracias a mis medianas conveniencias nada me ha quedado por disfrutar en el mundo, sin haberme cansado la cabeza en aprender esas cosas. Es cierto que tuve aya, pero no era más que para acompañarme a paseo; y en cuanto a los maestros, salía del paso con darles al momento su tarjeta, y de este modo dejaban de importunarme con sus lecciones. Conocí desde luego que de nada me había de servir llenarme los cascos de niñerías, porque para pasar las veinticuatro horas me sobraba con el tocador, el teatro, las visitas y el juego; y así es la verdad, pues hay días que estoy rendida cuando llega la hora de acostarme. Vea V. qué tiempo me pudiera quedar para las labores, para el dibujo, ni para tocar el arpa o el piano.

MISTRIS TEACHUM.- Pero si por algún accidente imprevisto se hubiera V. hallado en necesidad de retirarse del mundo, y de atenerse a la quietud y diversiones de la vida privada, puede ser que hubiese V. echado menos esas habilidades.

LADY ARABELA.- Es muy cierto, y por lo mismo quiero que mi sobrina las tenga. Ya empieza a fatigarme un poco el torbellino de diversiones en que he pasado alegremente mi juventud, y ¿quién sabe

si antes de mucho me retiraré al campo? Entonces necesitaré que mi sobrina no se ocupe en otra cosa, que en evitar que se apodere de mí cierto fastidio hartó frecuente, dando un poco de variedad a mis pasatiempos, y según V. me dice, puedo esperar de su aplicación. Pero hablando de otra cosa, ¿no me dirá V. qué es lo que tiene Cecilia que rara vez está alegre? ¿Le cuenta a V. sus secretos? Porque yo recelo que conserva cierto cariño pueril y ridículo al país en que nació, afligiéndose de la pérdida de los que le dieron el ser, que es su expresión favorita, los cuales ciertamente no merecen semejante sentimiento. ¿Conoce ella cuánto valen los beneficios que me debe? ¿Sabe apreciar la dicha que mi adopción y desvelos la preparan dejándole mis riquezas, siendo así que era una huérfana miserable, porque sus padres fueron calaveras y disipadores, que malgastaron cuanto tenían? Es menester que V. me diga si la ve reír y distraerse jugando con sus compañeras, pues he notado en ella cierta melancolía que no me gusta, y sentiría mucho que se hiciera habitual, porque en mi casa quiero que las gentes sean muy humildes y sumisas a mi voluntad, eso sí; pero por otra parte alegres siempre y de buen humor, para que logren disipar ciertas murrias que me acometen de cuando en cuando, y que según dicen los médicos, pueden alterar mi salud andando el tiempo.

MISTRIS TEACHUM.- Cecilia es naturalmente reservada y tímida, por lo cual, Milady, no he querido entablar nunca con ella conversaciones que pudieran desazonarla. Por lo demás siempre la he visto manifestarse muy reconocida a los beneficios que V. la dispensa; y en punto a jugar con sus amigas la encuentro tan dispuesta como otra cualquiera: no las incita a ello a la verdad, pero jamás se niega a darlas gusto.

LADY ARABELA.- V. quiere mucho a Cecilia, y me temo que esa predilección se la pinte a V. con colores un poco lisonjeros. Yo no fío de esa modestia afectada, pues los ejemplos que tuvo en su niñez han debido serla perniciosos; y como V. sabe mejor que yo, influyen en aquella edad más de lo que comúnmente se cree. ¿Sabe V. qué especie de sujetos eran sus padres? Un hombre disipador, y una mujer gastadora, y sin pizca de juicio. Ya tengo olvidadas las infinitas pesadumbres que me dieron, porque mi carácter es generoso y sensible; pero con respecto a la hija tengo mis miedos de que se les parezca. Por lo mismo quiero que V. la siga los pasos sin fiarse del candor que aparenta, y que la observe con el mayor cuidado, porque, como he dicho a V., es hija de una madre, cuyas naturales disposiciones puede haber heredado muy bien, y lo sentiría mucho.

MISTRIS TEACHUM.- Está bien, Milady: haré lo posible por dejaros satisfecha en este punto.

LADY ARABELA.- Nadie tiene para ello la proporción que V. pero la cosa no es tan obvia como parece. Mis principios son muy rígidos, lo confieso, y por lo que hace a los demás nunca disimulo ni la más mínima falta. Aunque soy naturalmente bondadosa, tengo mis prontos, y si Cecilia me diese algún motivo de queja, le aseguro a V., que la dejaría otra vez en el estado de miseria en que la constituyó la desbaratada conducta de sus padres. Ya ve V. en qué términos la

colmo de regalos; pues como una vez llegase a desmerecer mi gracia, no hay poder humano que me obligase a mudar de dictamen. Eso no: en tomando yo una resolución, nadie en el mundo me hace volver atrás, porque me precio de tener carácter.

MISTRIS TEACHUM.- Puesto que V. lo entiende así, Milady, yo nada tengo que oponer a eso.

LADY ARABELA.- Hace V. muy bien, pues no gusto de que me hagan disertaciones. A dios, señora, que no es justo quitaros el tiempo que necesitáis para vuestros quehaceres. Ya he visto a mi sobrina en su cuarto, y la he dado una reprimenda sobre la simplicidad de su atavío, pues las joyas que la regalo son para que las luzca, no para tenerlas encerradas.

MISTRIS TEACHUM.- En esta parte me temo que adelantemos poco con Cecilia, porque gusta infinito de la sencillez, en lo cual confieso que está muy de acuerdo con el plan de educación que he adoptado para esta casa.

LADY ARABELA.- Convengo en que es muy laudable aquí dentro, pero a lo menos cuando sale a verme, quisiera yo que se presentase adornada de todas sus alhajas; como por ejemplo esta noche, que vendré por ella para llevarla a la tertulia de Lady Baltimore. Encárguela V. que ponga un poco de esmero en vestirse.

MISTRIS TEACHUM.- Sabiendo que es gusto de V. estoy cierta de que lo hará puntualmente.

LADY ARABELA.- Confío en todos puntos en vuestra vigilancia.

MISTRIS TEACHUM.- Me hacéis justicia, Milady.

Escena III

MISTRIS TEACHUM.- (Sola.) ¡Qué conversación tan incómoda! Por momentos iba faltándome la paciencia, y llegando el caso en que ya me hubiera costado mucho reprimir mis verdaderos sentimientos. Sin embargo a pesar de la confianza que tengo en las buenas prendas de Cecilia, los temores que manifiesta su tía empiezan a causarme alguna inquietud. ¿Mas por qué dar entrada a sospechas injustas? Eso no; no es razón poner tanto ahínco en las palabras llenas de hiel con que los malos zahieren a los buenos, que se haya de dudar de su virtud y de su inocencia.

Escena IV

MISTRIS TEACHUM, CECILIA.

CECILIA.- Pensé que estaba con V. mi tía, y creí tener el gusto de

verla algún tiempo más.

MISTRIS TEACHUM.- En este instante acaba de salir; pero me alegro, querida Cecilia, del afecto que manifiestas a Milady, porque tenía mis recelos de que no la quisieses tanto como merecen los beneficios que te hace.

CECILIA.- No sólo agradezco muy de corazón a mi tía lo que se esmera conmigo, sino que conozco ser más de lo que V. imagina. Creo que cuanto puedo expresar es mucho menos de lo que el alma siente: y ¡ojalá pudiera explicarme con toda ingenuidad acerca de esto!

MISTRIS TEACHUM.- ¡Cuánto lo celebro, Cecilia! Pero no me sorprende que entre tus buenas prendas se cuente la gratitud, porque las virtudes se dan la mano, lo mismo que los vicios. Tu tía me ha hablado largo tiempo del cariño que te tiene, y sin embargo por no pensar del mismo modo que yo en ciertas materias, ha estado a pique de indisponerse conmigo. A pesar de todo nos hemos separado amigablemente, porque a la verdad no cuesta mucho reprimirse cuando lo que una quisiera decir puede causar disgusto a los demás.

CECILIA.- (Conmovida.) ¡Así fuera tan fácil ocultar las penas del corazón!

MISTRIS TEACHUM.- ¿Las penas del corazón? ¿Qué quieres decir, Cecilia, con esa exclamación involuntaria? ¿Será posible que a tu edad te aflijan pesares secretos? Me parece que, pudieras confiarlos a mi cariño y experiencia, pues muchas veces es útil desahogarse con una amiga; y cuando no sea otra cosa siempre sirve de alivio.

CECILIA.- Hay casos, señora, que piden secreto; pero crea V. que cuando son de tal naturaleza que no me es permitido manifestarlos a V. pidiéndola el auxilio de sus consejos, tomo al menos por guía de mi conducta las máximas de moral y los saludables preceptos que me habéis enseñado, y que nunca podré alejar de mi memoria.

MISTRIS TEACHUM.- Eres muy comedida y atenta, pero un poco desconfiada, y sólo el tiempo podrá darte a conocer lo que vale una buena amiga. No es decir con esto que hayamos de descubrir a cualquiera nuestras interioridades; pero ya volveremos a esta conversación, y desde ahora será bien que lo tengas entendido. Por el pronto vete a desempeñar tus obligaciones, y no te olvides de estar a punto para cuando venga a buscarte Milady. (La besa.)

CECILIA.- La tertulia donde hemos de ir empieza muy tarde, y así puedo ocupar el día en otras cosas sin temor de que me falte tiempo para vestirme.

Escena V

CECILIA.- (Sola.) ¡Qué imprudencia tan grande ha sido la mía! Con una palabra más me hubiera visto empeñada en un asunto que debo y prometo ocultar de todos. ¿Mas cómo es que Mistris Teachum paró su atención en un desahogo tan insignificante como involuntario? ¿Y de

qué procede la desconfianza que noto en ella? ¿Será posible que me crea capaz de sentimientos o designios vituperables? ¡Oh, madre mía! No sólo tengo que renunciar al placer dulcísimo de proferir este nombre, sino que es fuerza reprimir los suspiros de un corazón embriagado en el más puro y legítimo afecto, por no exponer con mi imprudencia a la persona que más amo en el mundo.

Escena VI

CECILIA, BETY.

BETY.- ¡Cuánto me alegro de encontrar a V. sola, señorita! Porque traigo buenas noticias que darla.

CECILIA.- En la alegría de tus ojos conozco que vendiste el vestido, ¿no es verdad?

BETY.- Y tan bien como pudiéramos desear. Aquí tiene V. una, dos, tres, cuatro guineas, y nuevecitas por cierto. ¿Qué tal? ¿He hecho buena venta?

CECILIA.- Excelente. No sabes tú cuántas satisfacciones va a proporcionarme este dinero, que en otras circunstancias aprecio tan poco.

BETY.- ¡Si viera V. qué señora tan buena es la que le compró! Si fuera así Milady Arabela su tía de V. sería un gusto ir a su casa. Pero ya le contaré a V. todo, lo mismo que sudió. Primeramente fui al cuarto de su camarera, que era tan amiga de mi pobre madre, y le enseñé el vestido diciéndola, que iba a ver si la señora quería comprarle. Al instante me contestó: vamos a verla, y no tengamos reparo en ello, que es una señora muy llana, y tendrá gusto en verte. Pues, señor, echamos a andar por aquellas antecámaras llenas de criados, que me miraban con unas caras que casi me daban miedo. Después fuimos atravesando unos salones tan cuajados de oro y tan...

CECILIA.- No te pares, por Dios, en el dorado de los salones, que el tiempo es corto y tengo muchas cosas que preguntarte.

BETY.- Pues, señor, llegamos al gabinete de Milady que estaba escribiendo. Hícela dos reverencias muy rendidas, y Jenny la dijo, que llevaba a vender un vestido bordado. Desdoblé la muselina de manera que se viese bien, y Milady se puso a mirarla, y a decir: no lo necesito por ahora. Ya se me iba angustiando el corazón, cuando dijo: sin embargo, como tengo tantas sobrinas, no me faltará a quien destinarle. Con esto me puse tan contenta que me faltó poco para saltar de alegría. Por cierto, añadió Milady, que parece haberle bordado un ángel. Bien dice V., señora, la respondí yo poniéndome muy colorada, un ángel es la que le ha bordado. ¡Hola, querida! Según eso eres amiga de la bordadora, me dijo Milady dándome una palmadita en el carrillo. Yo la contesté: sí señora, somos muy

amigas. En esto me dio el dinero, la hice otra reverencia, y me fui corriendo a casa de su mamá de V.

CECILIA.- ¿Qué? ¿Tuviste tiempo de ir a ver a mi madre? Eso es lo que debieras haberme contado primero. ¡Conque la has visto, y logrado la dicha que anhelo yo con tanta impaciencia, y no he podido conseguir todavía! ¿Qué te dijo cuando supo que tal vez esta tarde fié yo a pasar en su compañía algunos momentos, y a estrecharla en mis brazos con el favor de tu amistad?

BETY.- Levantó al cielo sus ojos anegados en lágrimas, y al instante se puso a escribir esta cartita.

CECILIA.- Dámela por Dios; no sé cómo pagarte tantos favores, y por otra parte me da gana de reñirte por tu cachaza.

BETY.- Vaya, no hay que enfadarse: aquí está la carta. (Se la da.)

CECILIA.- (La besa, abre y lee.) «¿Es cierto, Cecilia mía, que esta misma tarde, y después de dos años de la más penosa ausencia podré estrecharte entre mis brazos, y apretarte contra mi corazón, en que estás tan impresa? Ten mucho cuidado, amada Cecilia, de contener los ímpetus de tu cariño, y de no incurrir en alguna imprudencia que nos descubra. Si tu tía llegase a saber que nos hemos visto, o sólo que yo vivo en el mundo, fuera terrible desgracia. Adiós hija mía; los minutos van a parecerme siglos hasta que consiga la ventura que espero.» ¡Qué carta tan tierna! Y dime ¿está todo dispuesto?

BETY.- Todo lo tengo bien arreglado, porque mi padre me ha dado ya el permiso para recibir a una mujer que ha de venir a verme, y que le he dicho ser una de las maestras de la escuela en que aprendo a leer.

CECILIA.- Grandemente.

BETY.- Yo lo que temo es que mi ama llegue a saber que he salido de casa sin su licencia, pues entonces no sé que fuera de mí.

CECILIA.- No me hables por tu vida de los peligros a que te expones por mi amistad, porque este recuerdo aguaría repentinamente mi gusto.

BETY.- Tampoco quiero yo pensar en eso, sino seguir los impulsos de mi corazón y nada más. Él me grita que no procedo mal en servir a una señorita amable y a una buena hija cuya virtud merece cualquier sacrificio de parte de cuantos la tienen afecto; pero mi razón me dice que toda especie de misterio es culpable, que obrando de este modo quebranto las severas y terminantes órdenes de mi ama, la cual me tiene expresamente prohibido todo trato con gentes de fuera. Mas cuando escucho los consejos de mi razón, y me propongo seguirlos, viene V. con sus ruegos y lágrimas, y se me olvidan mis propósitos. Bien que en todo esto no veo otros inconvenientes que el misterio con que se hace; y creo que lo mejor sería que V. se descubriese a la directora.

CECILIA.- ¿Piensas tú, que si en ello no hubiera en peligro muy grande, no fuera depositaria de mis secretos hace muchos días?

Contigo me he declarado por no tener sin tu ayuda el menor arbitrio de saber de mi madre; pero Mistris Teachum hubiera tenido mil

reparos que poner, y habría recelado con mucha razón exponerse a quedar mal con mi tía. Como tiene aquel genio tan arrebatado y dominante, y conoce a tantas gentes, era capaz de desacreditar esta casa, y ya ves qué perjuicios tan enormes se podían seguir a mi amada maestra. Por otra parte se me hiciera muy cuesta arriba turbar su sosiego obligándola a tomar parte en asuntos de familia demasiado desagradables. Sobre todo, lo que me hace temblar es el recelo de que se llegue a traslucir que vive mi infeliz madre, cuya libertad se debe a la persuasión en que está mi tía de que hace dos años que ha muerto, pues si descubriera el engaño en que la han tenido, sería capaz de encerrarla en la cárcel por una gran suma de dinero que le está debiendo.

BETY.- Pero ¿es creíble que la maldad de Lady Arabela fuese tanta?

CECILIA.- ¡Ay amiga! El odio que tiene a mi madre, y su genio violento me dan mucho motivo para recelarlo. Bastante la persiguió con el mismo intento, y si pudo escapar de su venganza, fue porque la tuvo escondida en su casa una arrendadora antigua con tanto secreto que por espacio de dos años eludió las pesquisas de su cuñada. Pero aquella generosa amiga hace dos meses que murió, y mi infeliz madre ha tenido que arriesgarse a venir a vivir en estas inmediaciones bajo un nombre supuesto para estar cerca de la única persona por quien conserva algún amor a la vida.

BETY.- ¡Válgame Dios! ¡Qué historia tan lastimosa! ¿A quién no partirá el corazón? Así, aunque la prudencia lo repruebe, me tendrá V. pronta a todas horas para cuanto pueda contribuir al cumplimiento de tan sagradas obligaciones.

CECILIA.- Di más bien que tu corazón es puro y caritativo naturalmente. ¿Hay por ventura algún deber más principal que el de asistir a una madre tierna y desgraciada, que se ve abatida por el peso del infortunio? ¿Hay proceder más noble y generoso que el tuyo ayudándome en tan santa obra, porque me ves imposibilitada de desempeñar por mí sola los oficios a que la naturaleza, y la ley de Dios me obligan? La adversidad me ha enseñado, querida Bety, a reflexionar desde bien pequeña, y sé ciertamente, que mi amada maestra aprobaría cuantos pasos estoy dando, si me fuese permitido descubrirme a ella: de otro modo me guardaría bien de darlos.

BETY.- V. me quita con esa seguridad toda especie de escrúpulo; pero no entiendo cómo se compone ese odio y esa persecución de Lady Arabela a vuestra pobre madre con el esmero que tiene con V., a quien a todas horas está colmando de regalos.

CECILIA.- Vanidades del mundo, amiga mía. Mi tía cree que es en ella una obligación indispensable criar a su heredera con la ostentación correspondiente a su nacimiento, y con el esplendor propio de sus riquezas.

BETY.- No es poca fortuna para V. que siga en esto los impulsos de su vanidad, pues si hubiera de seguir únicamente los de su corazón, sería V. sin duda más digna de lástima. Pero aunque conozco que estoy importunando a V. con mis impertinencias, ¿quisiera saber con qué fin me encarga V. que la despierte al salir

el sol todos los días? ¿Qué precisión hay de que V. trabaje tanto, arriesgando tal vez su salud, cuando con lo que os regala Lady Arabela tendríais más de lo suficiente para mantener a vuestra madre?

CECILIA.- No lo creas, querida Bety, pues aunque mi tía me provee con generosidad de cuanto he menester, la cantidad que me tiene señalada para el bolsillo, como ella dice, no bastaría a cubrir las necesidades de mi madre, si no hubiese yo tenido la feliz ocurrencia de duplicarla con la labor de mis manos.

BETY.- Permitidme que os las bese, pues no puedo reprimir esta demostración del cariño que tengo a V., y de la admiración que me causa tan ejemplar conducta.

CECILIA.- Déjate de niñerías, amada Bety, y no encarezcas un proceder tan natural y sencillo. Vuélvete al cuarto de tu padre y ven a darme aviso en el momento que mi madre venga. Con esto bajaremos las dos al patio con disimulo.

Escena VII

CECILIA.- (Sola.) Por fin voy a ver de nuevo aquel semblante tan grato y amoroso, y a oír los dulces ecos de aquella voz, que era el embeleso de mi infancia, y que grababa en mi corazón los entrañables sentimientos que encontrará en él toda la vida. No sé cómo he de poder reprimirlos. (Va a guardar el dinero y la carta en el bolsillo, y se le cae la carta.)

Escena VIII

CECILIA, SALY y NOLY. Que entran corriendo.

SALY.- Sabed, señorita, que ya han tocado a recreo, y se está V. con esa cachaza sin ir a vestirse. Luego vendrá por V. Lady Arabela, y la reñirá si no la encuentra pronta, y todas nosotras lo sentiremos mucho.

CECILIA.- (Besándola.) Gracias por el aviso, Saly mía; eres una niña muy amable, y tienes buen corazón, por lo cual te quiero infinito. A Dios, hijas.

Escena IX

SALY y MOLY.

SALY.- ¡Qué cariñosa es Cecilia! ¡Y cuánto me alegraré parecerme a ella en siendo grande!

MOLY.- Mucho tienes que hacer para eso: primeramente no has de ser tan maligna ni tan colérica.

SALY.- Ni tú tan taimada, ni aturdida como eres: mira ahí tienes: ahora mismo acabas de dejar caer la carta de tu papá, y eso que te encarga tanto que no la pierdas.

MOLY.- No hay tal cosa: si la tengo guardada en mi papelera.

SALY.- Pues será de alguna otra colegiala: leamos el sobre: (La toma y deletrea.) Para la se ño ri ta...

MOLY.- ¿Quieres despacharte, pesada?

SALY.- Si no das tiempo a una para que vaya haciéndose cargo...

MOLY.- Sólo las que van mascando las letras como tú necesitan tiempo para leer un sobrescrito: trae acá. (Toma la carta.) Para la señorita Cecilia.

SALY.- Guárdala, que después se la daremos.

MOLY.- Sí; pero verás lo de adentro qué bien lo leo, verás.

SALY.- No, no, que eso es muy mal hecho: debemos dársela sin leerla. (Quiere coger la carta.)

MOLY.- Aguarda un poco: los dos primeros renglones y nada más.

SALY.- No, eso no lo consiento: ¿sabes que la curiosidad es un vicio muy malo? (Quiere quitarle la carta.)

Escena X

SALY, MOLY, MISTRIS TEACHUM.

MISTRIS TEACHUM.- Vamos, niñas, ¿qué disputa es ésa? ¡Siempre juntas y siempre riñendo!

SALY.- Pues a fe que esta vez tengo yo razón, señora, porque está empeñada en leer una carta que no es para ella.

MISTRIS TEACHUM.- Eso no lo debes hacer, si Saly no te da permiso.

SALY.- ¿Y cómo se lo tengo de dar, si tampoco es mía?

MISTRIS TEACHUM.- ¿Pues de quién es la carta?

SALY.- De Cecilia.

MISTRIS TEACHUM.- Tráela aquí, Moly. (MOLY le da la carta.)

SALY.- Me alegro: bien empleado.

MISTRIS TEACHUM.- Idos a la huerta a jugar con las compañeras, y divertíos bien, para tomar después con gana el estudio, ¿Estáis?

SALY.- Sí, señora.

Escena XI

MISTRIS TEACHUM.- (Sola.) Veamos qué carta es ésta que la casualidad ha puesto en mis manos. Quizá será un nuevo testimonio de la envidiable conducta de Cecilia, y lo celebraré mucho por lo que puede contribuir a desvanecer las sospechas de Lady Arabela. (Mira el sobrescrito.) Ésta no es letra de su tía, porque es buena, y la de Milady apenas puede entenderse. ¿De quién será? (La abre y lee.) ¿Qué viene a ser esto? ¡Qué expresiones tan apasionadas! Estrecharte contra mi corazón... alguna imprudencia que nos descubra... Estoy llena de confusiones. ¿Será posible, Dios mío, que aquel semblante tan modesto y candoroso de Cecilia no indique un corazón inocente y puro? Sintiera en lo más vivo del alma haberme engañado. Pero no nos precipitemos a juzgarla delincuente, y procuremos aclarar con prudencia este desagradable arcano.

FIN DEL ACTO I

Acto II

Escena I

EMA, LAURA, MATILDE.

EMA.- (Que sale primero.) Sentémonos aquí, amiguitas, que hay buena sombra, y podemos descansar a gusto.

LAURA.- Yo por mi bien lo necesito, que estoy rendida, porque me empeñé en coger una mariposa azul muy bonita, y de rama en rama me fue llevando tan lejos que al cabo tuve que darme por vencida, confesando que sus alas son más ligeras que mis pies.

EMA.- Eso ya lo sabía yo desde antes de que empezases a seguirla: pero vamos sentándonos, y Matilde nos contará alguna historia

entretenida.

(MATILDE se sienta con las demás, y LAURA la última.)

MATILDE.- Con mucho gusto. ¿Queréis que prosiga mi cuento alegórico de la bondad y la hermosura?

LAURA.- No, no, que todo se vuelve documentos morales, de manera que parece una lección de Mistris Teachum. ¡Cuéntanos más bien algún pasaje en que haya ladrones y cuevas que dan tanto miedo!... Ésas son las historias que a mí me gustan, ésas.

Escena II

EMA, LAURA, MATILDE, SALY, MOLY.

LAURA.- ¡Hola, Señoritas! ¿Qué traen Vds. aquí? ¿Por qué no van Vds. a jugar con otras de su edad?

MOLY.- Como vimos que estaban Vds. sentadas en corro nos figuramos que habría historias bonitas como ayer, y veníamos a escuchar porque nos gustan mucho.

LAURA.- Pues ya podéis volveros por donde habéis venido.

SALY.- ¡Qué vanidosas por cinco o seis años que tienen más que las dos!

EMA.- Algún día lo estaréis vosotras por tenerlos de menos. Venid acá junto a mí, y estaos quietecitas que nadie os dirá nada.

LAURA.- ¡Oh! Rabias por hacer de mamá: ésa es tu comidilla.

MATILDE.- Vaya; ¿queréis o no queréis oír el fin de mi cuento?

LAS TRES.- Mucho que queremos: empieza.

MATILDE.- Pues como iba diciendo ayer, aquella maga tan fea era tan afable y bondadosa que a todas partes llevaba la alegría y el consuelo. Las prendas de su buen corazón desvanecían la deformidad de sus facciones, inspirando tal confianza y amistad a todos los genios superiores, y a los simples mortales, que al cabo encontraban cierta gracia en su rostro. Sus ojos hundidos y que apenas se columbraban bajo aquellas cejas largas y pobladas, tenían un mirar tan apacible, tan ingenuo y al mismo tiempo tan...

Escena III

Las mismas³ y LUCY que llega⁴ apresurada

LUCY.- Alabo la frescura con que os estáis, sin saber lo que pasa en el colegio.

EMA.- Ninguna curiosidad tenemos de saberlo, y así más valiera que no vinieses a interrumpirnos cuando estamos escuchando un cuento precioso.

LUCY.- No penséis que es alguna friolera, sino cosa muy grave y extraordinaria. ¿A que no adivináis cuál de las compañeras acaba de ser arrestada en su cuarto sin comunicación, y contra la cual manifiesta la directora estar sumamente irritada?

MATILDE.- Será alguna de las niñas.

LUCY.- ¿De las niñas? No, sino de las más provecetas y juiciosas. Nada menos es que el fénix, el ejemplar, el modelo de la casa, la inimitable Cecilia.

LAURA.- No me pesaría que esta ocurrencia rebajase un poco el entusiasmo de Místris Teachum, que a todas horas me la está citando como un ser perfecto. Con eso cesaría la enfadosa comparación con que me aburre más de cuatro veces.

SALY.- Vaya, que no siempre somos las niñas las penitenciadas, que también alcanza el látigo a las grandes alguna vez.

MOLY.- Anda que así nos tratarán con menos desdén que acostumbran.

MATILDE.- No sé por qué pueda merecer Cecilia tan severo castigo.

EMA.- Preciso es que haya incurrido en alguna falta de gravedad, cuando ha procedido así la directora, la cual nunca parte de ligero. Esto es lo que me da más cuidado y pesadumbre.

LUCY.- Aquí viene Bety, y nos podrá enterar de lo que ha pasado.

Escena IV

Las mismas y BETY.

LUCY.- Bety, ¿qué es lo que ha hecho Cecilia, que la han encerrado en su aposento?

LAURA.- Dinos por Dios lo que sepas, querida Bety, que estamos con el mayor cuidado.

MATILDE.- ¿Qué es eso lloras? ¿Es asunto serio por ventura?

BETY.- (Enjugándose las lágrimas.) Muy serio ciertamente, pero crean Vds. que la señorita Cecilia merece elogios más bien que castigos.

EMA.- Bien lo creo; pero Bety, dinos que es lo que ha pasado.

MATILDE.- No nos tengas más tiempo con tanta zozobra.

MOLY.- Cuéntanoslo todo.

SALY.- Vamos, Bety, despacha.

LAURA.- Una vez que redunde en elogio de Cecilia...

LUCY.- ¿Quieres que perdamos la paciencia?

BETY.- Yo bien quisiera complacer a Vds. pero no puedo. Ya que en ninguna otra materia soy capaz de dar a Vds. lecciones, a lo menos haré ver que sé guardar los secretos que me confían.

LAURA.- ¡Qué mal estoy yo con tales secretos! No hay cosa que más me desespere, porque después de estarse una devanando los sesos por adivinarlos, suelen venir a parar en una gran friolera.

BETY.- Buen remedio. No tratar de averiguarlo.

LAURA.- Es muy cierto, Bety, pero cuando una es curiosa naturalmente...

BETY.- ¿Hay más que procurar descartarse de ese vicio?

Escena V

Las mismas y MISTRIS TEACHUM.

MISTRIS TEACHUM.- Hijas mías, váyanse Vds. allá dentro a estudiar, que ya es hora, y deseo estar sola un rato a la sombra de estos árboles.

(Se van todas; las niñas hacen una reverencia a su maestra, y BETY va a salir la última.)

Quédate aquí, Bety, que tengo que hablarte.

Escena VI

MISTRIS TEACHUM, BETY.

MISTRIS TEACHUM.- (Presentándole la carta de CECILIA.) ¿Tienes noticia de esta carta?

BETY.- Sí, señora, que yo no sé mentir.

MISTRIS TEACHUM.- ¿Se la han entregado ya a Cecilia? ¿La ha leído?

BETY.- Yo se la entregué, y ella la leyó con el mayor gozo.

MISTRIS TEACHUM.- ¡Con el mayor gozo! Me admira la serenidad y el tono de inocencia con que me refieres una cosa tan reprehensible.

BETY.- Crea V., señora, que antes es muy laudable.

MISTRIS TEACHUM.- Tú no tienes edad, Bety, para discernir los afectos que el honor aprueba o condena.

BETY.- ¡Ah, señora! Los últimos no caben en la virtud de Cecilia.

MISTRIS TEACHUM.- Como quiera que sea, ¿cómo has tenido

atrevimiento para entregar una carta a Cecilia sin mi beneplácito?
Ya ves que estoy reprimiendo mi justo enojo; pero no puedes dejar de conocer que mereces que te eche de casa, y que a tu padre le costará la vida la pesadumbre. ¿Es éste el fruto que saco de mis desvelos? ¿Es esto lo que debía esperar de un corazón, en que he procurado sembrar la semilla de las virtudes?

BETY.- Para obrar del modo que lo he hecho, he tenido presentes las máximas que V. se ha dignado enseñarme.

MISTRIS TEACHUM.- Según eso debes de entenderlas muy mal; pero en suma ¿quién te dio la carta?

BETY.- Una persona muy desgraciada, y muy digna de compasión.

MISTRIS TEACHUM.- Su nombre es lo que te pregunto, no sus circunstancias.

BETY.- No lo puedo decir; y estoy cierta de que si fuera dable revelarlo a V., y pedirle su consejo, me diría que lo callase aunque hubiese de costarme la vida. ¡Oh! Tengo bien presente —141→ cuanto V. me ha dicho sobre la obligación de guardar los secretos que se nos confían.

MISTRIS TEACHUM.- Pero muy olvidado lo que toca a sumisión y obediencia, porque bien sabes las órdenes que te tengo dadas.

BETY.- En esa parte confieso mi culpa, y me postro a vuestros pies implorando el perdón; mas día llegará en que V. se compadezca del apuro en que se ha visto la pobre Bety, de tener que elegir entre dos obligaciones que hubiera deseado conciliar, no siendo posible cumplir una sin faltar a la otra.

MISTRIS TEACHUM.- No admito excusas, Bety; quiero que me digas la verdad sin rebozo alguno.

BETY.- Siento en el alma no poder obedecer a V. a quien debo tantas obligaciones; pero no faltaré por cuanto el mundo vale a la palabra que he dado a la señorita Cecilia, a menos de obtener su permiso.

MISTRIS TEACHUM.- Dila de mi parte que baje a este sitio, el cual por su soledad es muy oportuno para esta desagradable averiguación, que no quiero llegue a entender alma viviente.

BETY.- Voy corriendo.

Escena VII

MISTRIS TEACHUM.- (Sola.) Tengo tanto deseo como temor de aclarar este misterio: sin embargo voy concibiendo esperanzas por la simplicidad y el candor de la contestación de Bety, de no encontrar reprehensible esta extraña correspondencia. Mucho sentiría hallarlas culpadas, pues hasta aquí me han parecido una y otra dos criaturas envidiables por sus buenas prendas.

Escena VIII

MISTRIS TEACHUM, CECILIA.

CECILIA.- (Echándose a sus pies.) Veo, señora, que he tenido la desgracia de incurrir en vuestro desagrado. Pero no sabe V. cuánto he padecido por verme obligada a ocultaros los sinsabores que me afligen.

MISTRIS TEACHUM.- Levántate, Cecilia, y sácame de la terrible duda en que me ha puesto la correspondencia clandestina, que manifiesta la carta que perdiste, haciendo una confesión sincera de este negocio.

CECILIA.- Con una sola palabra apareceré a vuestros ojos tan inocente y pura, como lo es en realidad mi corazón; pero al mismo tiempo pondré en contingencia el sosiego y la libertad de la persona que más amo en el mundo. No hay medio, señora; o he de perder la estimación y la amistad de V. que aprecio infinito, o he de descubrir un secreto, que sobre otros inconvenientes, expondría vuestra propia tranquilidad. Vea V. si puedo hallarme en mayor apuro.

MISTRIS TEACHUM.- No creí haberte inspirado tan poca confianza, que rehusases fiar de mí los secretos que has depositado en una persona de la edad de Bety. ¿Merece este proceder el afecto que siempre te he tenido?

CECILIA.- El temor de comprometer a V. es lo único que me obligó a renunciar el útil recurso de sus consejos, mas por lo que hace a Bety no tuve el mismo reparo, sabiendo que vuestro corazón generoso y sensible la perdonaría por haber cooperado a una obra que no es posible desaprobéis en tiempo alguno.

MISTRIS TEACHUM.- ¿Pero a qué fin titubear en confiarme tus penas? ¿Por qué ponerme en la amarga situación de vituperar tu conducta misteriosa? Si el motivo es laudable, cuenta con mi amistad y con cuantos auxilios estén en mi mano. Explícate sin rebozo, pues lo poco que me has dicho sólo puede servir para avivar mi impaciencia.

CECILIA.- Pues, bien, señora: sepa V. que la carta que tiene en su poder, y yo regué esta mañana con mis lagrimas, es de la desventurada madre de vuestra Cecilia, la cual habita una humilde morada cerca de aquí con temor de ser descubierta por una enemiga poderosa que para siempre la privaría de mi asistencia y ternura.

MISTRIS TEACHUM.- (Con seriedad.) Cecilia, no puedo menos de decirte que Lady Arabela me ha repetido muchas veces que eres huérfana de padre y madre.

Escena IX

Las mismas, BETY y LADY HAMILTON, que ha oído las mismas palabras.

LADY HAMILTON.- No lo es, señora; pues en mí tenéis a la tierna madre de la más virtuosa hija.

CECILIA.- (Arrojándose a sus brazos.) ¡Oh, madre de mi vida! ¡Es posible que la venturosa Cecilia llegue a verse en vuestros brazos!

MISTRIS TEACHUM.- ¡Su madre! ¡Qué escucho!

CECILIA.- Sí, señora; mi madre adorada, y muy digna de serlo por sus desventuras. Juzgue V. ahora de la penosa situación de mi espíritu citando por una parte encuentro en mi tía una protectora benéfica que me colma de favores, y por otra una enemiga encarnizada de aquélla a quien debo la vida, y por quien estoy dispuesta a sacrificarla mil veces. Si Lady Arabela llega a descubrir que vive y que nos vemos y tratamos, perderé su gracia, y habré de renunciar a la dicha de recibir una buena educación, cosa que tengo en más estima que sus riquezas. Si ya hubiera aprendido con perfección las habilidades y primores que vos me enseñáis, no sintiera tanto aquel contratiempo, pues con ellos ganaría lo suficiente para mantener a mi buena madre. Pero en la actualidad, y con tan pocos años ¿cómo pudiera yo pagarla lo que la debo sin los auxilios de mi tía?

MISTRIS TEACHUM.- Calma tus recelos, que ya veremos de ablandar a Lady Arabela, y si no fuere posible, tendrás un asilo en mi casa, pues por ninguna consideración perderé la dicha de tenerte a mi lado.

CECILIA.- Agradezco en el alma las bondades de V., señora, pero no puedo echar de mí el temor de que llegue mi tía y nos sorprenda, que fuera cosa de morirme de repente.

LADY HAMILTON.- ¡Cuántas amarguras trae consigo la pérdida de las riquezas! Todo muda de aspecto en un instante, los amigos nos desamparan, y sólo nos queda que esperar la miseria y el menosprecio de todo el mundo.

MISTRIS TEACHUM.- (Haciéndola sentar sobre los céspedes.) Del mundo frívolo y despreciable, pero no de las gentes juiciosas, que saben muy bien que la virtud no merece menosprecio. ¿Pero decidme, señora, si el odio de Lady Arabela está fundado en motivos tan poderosos que puedan haber dejado en su corazón huellas indelebles?

LADY HAMILTON.- No ha habido otro motivo que nuestra desgracia en materia de intereses. Mi marido tuvo en sus negocios mercantiles cuantiosas pérdidas que su prudencia no pudo precaver: los enemigos le apresaron algunos buques, y otros naufragaron por las tempestades: estos contratiempos, y la quiebra de dos casas, en cuya compañía teníamos sumas considerables, dieron al traste con todo nuestro caudal en pocos meses. El padre de Cecilia, a quien nunca olvidará mi corazón, no pudo sobrevivir a tantas desgracias, y me dejó en la mayor infelicidad, y expuesta al rigor de sus acreedores. Lady Arabela, cuyo excesivo orgullo quedó muy humillado al ver en la miseria a sus más próximos parientes, me atribuyó a mí

las pérdidas de su hermano, y se dejó decir que me había de costar caro el sonrojo que nuestra situación le causaba. Empezó, pues, a perseguirme sin misericordia con ocasión de una gran cantidad de dinero que le debíamos, y hubiera tenido la inhumanidad de ponerme en la cárcel, a no haber tomado yo el arbitrio de ocultarme, a que se siguió el rumor de que era muerta. Habrá como dos meses que viéndome obligada a dejar mi retiro, supe que mi hija se educaba en vuestro colegio. El ansia de verla me trajo a estos contornos donde me mantengo con los socorros que me envía Cecilia por medio de una muchacha muy estimable de cuya boca sé que son fruto de sus tareas. El temor de que un trabajo tan continuo perjudicase a su salud, me ha dado ánimo para venir a verla hoy por la primera vez, a pesar de los riesgos de ser conocida.

CECILIA.- El cariño de V. la representaba como nocivo a mi salud la ocupación más grata y lisonjera a que en toda mi vida podré dedicarme: y aseguro a V. que siempre recordaré con el mayor gozo esta ligera prueba de la dulce satisfacción que ocasiona el ejercicio de los deberes filiales.

MISTRIS TEACHUM.- Yo la tengo muy grande en ser testigo de los justos desahogos de vuestra ternura, y mi anterior zozobra se ha convertido en verdadero júbilo contemplando admirada vuestras virtudes. Pero lo que importa es salir del penoso estado en que Vds. se encuentran, para lo cual emplearé gustosa con Lady Arabela cuantos medios creyere convenientes.

CECILIA.- Eso es cabalmente lo que yo deseaba impedir, pues sentiría infinito que mi tía dejándose llevar de su genio, hiciese a V. algún desaire por mi causa, lo que no pudiera suceder si mis penas no hubieran llegado a su noticia.

MISTRIS TEACHUM.- Nada temas, amada Cecilia, que yo me ingeniaré de tal manera que ella misma decida el asunto, sin saber vuestros secretos. Ha mucho tiempo que conozco a tu tía, y aunque es verdad que la violencia de sus inclinaciones la fuerza a ser tan indulgente consigo, como rigurosa con los demás, es menester confesar que es generosa y de nobles pensamientos.

CECILIA.- Sin embargo siento en el alma que V. se exponga infructuosamente a algún sonrojo o a alguna sequedad de las que acostumbra.

MISTRIS TEACHUM.- Quien no se aventura no pasa la mar, y sobretodo algo ha de arriesgarse por servir a los amigos.

CECILIA.- Nunca podremos pagar a V. tantos favores.

MISTRIS TEACHUM.- Un coche suena, y sin duda es Milady. Escóndanse Vds. detrás de esas ramas, pues vendrá a buscarme a este sitio. (Se esconden las dos.)

Escena X

MISTRIS TEACHUM.- (Sola.) No omitamos ninguna circunstancia que

pueda lisonjear su amor propio, y favorecer los deseos que siempre ha tenido de conciliarse la admiración universal por los rasgos de su carácter. ¡Así pudiera contar igualmente con su sensibilidad! Pero tengo para mí que no carece de ella, sino que la sufoca su pasión del mismo modo que no la deja juzgar imparcialmente. Por lo mismo espero que su decisión ha de ser más justa, recayendo sobre un negocio en que no se crea interesada de modo alguno.

Escena XI

MISTRIS TEACHUM, LADY ARABELA.

LADY ARABELA.- ¿Supongo, señora maestra, que Cecilia estará ya pronta para venir conmigo?

MISTRIS TEACHUM.- Así lo creo, señora, pues nunca se olvida de sus obligaciones, y la de complacer a V. es para ella muy satisfactoria. En verdad que es muy acreedora a los desvelos con que V. procura labrar su felicidad; pero esta dicha no la consiguen todos los que la merecen.

LADY ARABELA.- Según esta última reflexión, y por lo que denota su semblante de V. conozco que tiene alguna pesadumbre.

MISTRIS TEACHUM.- Sí, señora, pues no todos los parientes tienen la misma generosidad y grandeza de espíritu que V., y por lo mismo suele una presenciar a veces cosas que la causan aflicción.

LADY ARABELA.- No dudo que su destino de V. la ofrecerá escenas singulares.

MISTRIS TEACHUM.- Cuando V. llegó, Milady, estaba considerando la suerte de una de mis educandas, que está a pique de quedar en la última miseria, pues teme que la abandone de todo punto una tía suya muy rica, que hace algunos años estaba encargada de su educación.

LADY ARABELA.- ¿Y qué motivos la ha dado esa muchacha? ¿Se ha portado mal con su tía, o ha cometido algún grave delito, por el cual haya incurrido en la indignación de su protectora?

MISTRIS TEACHUM.- Nada de eso, Milady; antes bien es de las más modestas, aplicadas y virtuosas de esta casa.

LADY ARABELA.- ¿Y qué? ¿Tiene valor para desamparar a esa criatura sin motivo alguno? Es cierto que en la actualidad se ven cosas que horrorizan. No hay más arbitrio que irse a vivir a un desierto, si es que una quiere no presenciar tantos procederes contrarios al honor y a la virtud como a cada paso se están viendo. Si a lo menos pudiera cohonestar esa mujer su inhumanidad con algún pretexto aparente...

MISTRIS TEACHUM.- En mi dictamen no hay ninguno, señora y creo que V. será de mi opinión. Todo el delito de la chica se reduce a haber mantenido secreta correspondencia con su madre, que es una infeliz

desvalida, a quien no pueden ver los demás parientes.

Lejos de hallar culpa en esto, le confieso a V. que se me saltaron las lagrimas, cuando supe que estaba manteniendo a su madre con el producto de los bordados y dibujos que trabajaba en horas intempestivas.

LADY ARABELA.- Parecen rasgos de novela los que V. me refiere, y la estimaré que a esa niña tan apreciable la entregue de mi parte un poco de dinero que remitiré a V., a fin de que a lo menos entre sus desgracias no tenga el desconsuelo de carecer de medios con que cumplir una obligación tan sagrada.

MISTRIS TEACHUM.- Doy a V. mil gracias por su generosidad, Milady, pero no puedo aceptarla, porque a mi pupila no le hace falta cosa alguna. Su tía la surte abundantemente de cuanto necesita, y más le daría si le pidiese; mas no lo hace por no descubrir un secreto que pudiera tener tan fatales resultas.

LADY ARABELA.- Siendo una muchacha tan estimable como V. la pinta, no me parece difícil que V. persuadiese a su parienta. ¿No ha dado V. al efecto algunos pasos?

MISTRIS TEACHUM.- No me he atrevido a hacerlo porque es una señora que frecuenta las concurrencias más lucidas, y hay pocas ocasiones de verla, como sería preciso para aprovechar una favorable.

LADY ARABELA.- De ese modo es más probable que yo la conozca, y si V. creyera que mi influencia pudiese contribuir a reducirla a la razón, lo haría con el mayor gusto.

MISTRIS TEACHUM.- Para eso fuera necesario importunar a V. con la prolija relación de los motivos que han ocasionado sus desavenencias.

LADY ARABELA.- Me parece que estoy hecha cargo de todo. Se trata de olvidar resentimientos antiguos, sean los que fueren, por consideración a las virtudes de una hija y al estado infeliz de su madre: ¿no es esto?

MISTRIS TEACHUM.- Eso es exactamente: no es posible comprender más bien, ni explicar mejor en cuatro palabras la sustancia del caso.

LADY ARABELA.- No, en esa parte puedo alabarme de que tengo naturalmente y sin haber hecho grandes estudios, suma facilidad en enterarme de cualquier negocio, y en exponer con claridad mis ideas. Soy además muy buena mediadora, y quiero que V. juzgue por sí misma de mi habilidad para esta clase de asuntos; así no falta otra cosa sino que V. me designe la señora con quien tengo que entenderme.

MISTRIS TEACHUM.- No quisiera que olvidase V. ninguna razón, ninguno de los argumentos que puedan hacerla fuerza.

LADY ARABELA.- No hay que dar cuidado: dígame V. su nombre, y verá V. si soy elocuente.

MISTRIS TEACHUM.- Así lo haré, Milady, pues nada me parece que aventuro en ello.

Escena XII

Las mismas; CECILIA y LADY HAMILTON, que se echa a los pies de LADY ARABELA.

LADY ARABELA.- ¡Cielos! ¿Qué miro? ¿Es ilusión o realidad?

LADY HAMILTON.- No es ilusión, Milady; dejé correr la noticia de mi muerte para aplacar vuestro enojo y asegurar mi sosiego. Si en esto os he ofendido...

CECILIA.- ¡Oh, querida tía! Dígnese V. recordar en favor nuestro los sentimientos generosos de vuestro corazón.

LADY ARABELA.- ¿Y cómo he de poder olvidar al ver a tu madre, que sus caprichos y sus gastos descabellados fueron causa de la ruina y muerte de un hermano que amaba con tanto extremo?

MISTRIS TEACHUM.- Dignaos, Milady, no omitir ninguno de los argumentos y razones correspondientes al papel de mediadora, según lo prometisteis.

LADY ARABELA.- Bien pudiera darme por ofendida, señora, del ardid de que os habéis valido, si no conociese que lo habéis hecho confiada en la generosidad de mi carácter. Para justificar la opinión que de mí habéis formado, desde ahora doy mi palabra, de que la madre de Cecilia nada tiene que temer por lo pasado, ni tendrá que desear en lo futuro, pues de mi cargo queda asegurarla medios con que vivir como corresponde a su calidad.

CECILIA.- ¡Tantas bondades, señora! El gozo me tiene fuera de mí.

LADY HAMILTON.- Yo estoy tiernamente reconocida a vuestros beneficios; pero, creed Milady, que ninguna culpa tuve de las desgracias de mi esposo. ¿Qué mujer hay en el mundo, a quien no pueda hacerse cargo de poco económica, cuando cuenta con inmensos caudales que de repente le arrebatan un contratiempo?

LADY ARABELA.- Una sincera reconciliación no admite explicaciones sobre lo pasado. No se hable de eso más, y sea Cecilia el vínculo que la afiance y la haga duradera, pues las jóvenes virtuosas y aplicadas son la ventura y el consuelo de sus familias. (Las abraza y cae el telón.)

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

